

LOS PAISAJES GANADEROS “MEDITERRÁNEOS” DE CASTILLA Y LEÓN: PASTIZALES Y MATORRALES¹

Alipio J. GARCÍA DE CELIS
Departamento de Geografía. Universidad de Valladolid

Recibido: 27/02/2011
Aceptado: 22/06/2011

RESUMEN: Los paisajes modelados por la actividad ganadera en ámbitos con aridez estival –paisajes ganaderos “mediterráneos”- ocupan una gran extensión superficial en Castilla y León. Se caracterizan por el predominio de un tipo de vegetación concreta, los pastizales y matorrales, y por una trama de elementos constitutivos propios, puntuales y lineales, poco significativa, por lo que son paisajes en cierta forma poco definidos. La gran extensión que ocupan hace además que aparezcan sobre relieves muy diferenciados, desde altas montañas hasta penillanuras y parameras. La crisis del medio rural desde mediados del siglo XX ha afectado profundamente a estos paisajes, estando inmersos en muchos casos en procesos de abandono que los están transformando. Atendiendo a la combinación de elementos y procesos señalados, se apunta una propuesta de clasificación de estos paisajes, diferenciando paisajes ganaderos de alta montaña con aridez estival moderada, paisajes ganaderos de montaña media, parameras y serrezuelas del este y sur de la región con aridez acusada, y paisajes ganaderos de penillanuras, sierras y tierras altas del noroeste, dominio del abandono y con aridez moderada.

PALABRAS CLAVE: paisaje ganadero, aridez estival, pastizal, matorral, abandono.

MEDITERRANEAN LIVESTOCK FARMING LANDSCAPES IN CASTILLA Y LEÓN: PASTURE AND SCRUBLANDS

ABSTRACT: The landscape shaped by livestock farming in areas with summer aridity – mediterranean livestock landscapes- take up a big extension in Castilla-León. They stand out

¹ Este trabajo ha sido elaborado a partir de las investigaciones llevadas a cabo en el Proyecto de Investigación *Estudio de los paisajes arquetipo de la agricultura en Castilla y León. Cartografía de los paisajes agrarios de Castilla y León* (Ref. VA038A09) de la Consejería de Educación de la Junta de Castilla y León), además de las del Proyecto *Unidades básicas de paisaje agrario de España; identificación, delimitación, caracterización y valoración*, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación, en la convocatoria de Proyectos de I+D+i 2009-2012 (Ref.: CSO2009-12225-C05-01). Asimismo, se inserta en las investigaciones del Grupo de Investigación de Excelencia (GR156 de la Junta de Castilla y León), sobre *Paisaje y nuevas funciones de los espacios rurales*, proyecto financiado por la Consejería de Educación de la Junta de Castilla y León.

for the predominance of specific vegetation, pasture land and scrubland, and a weave of particular elements, punctual and linear, of little significance, which make these landscapes badly defined. The large area they cover makes them appear on very different reliefs, from high mountains to peneplains and highlands. The crisis in the rural area since the mid-20th century has profoundly affected these landscapes, in many cases immersed in abandoning processes that are transforming them. Taking into account the elements and processes mentioned, there is a proposal of a classification of these landscapes, differentiating high mountain livestock pasture landscapes with moderate summer aridity, livestock landscapes of the mountains, pediments and highlands in the east and south of the region with accused aridity, and livestock landscapes of peneplains, mountains and highlands in the NW with high predominance of abandonment and moderate aridity.

KEY WORDS: livestock farming landscape, summer aridity, pasture lands, scrublands, land use abandonment.

I. INTRODUCCIÓN

Se realiza en este trabajo una aproximación a las características formales básicas de los paisajes agrarios más extensos y ubicuos de la región de Castilla y León: los paisajes modelados principalmente por la actividad ganadera en las áreas con aridez estival. Esto abarca los paisajes predominantes en todas las montañas -salvo las del extremo septentrional, sin apenas aridez, que se tratan en otro trabajo-, los predominantes en las tierras altas y parameras de los márgenes de la cuenca sedimentaria, y los predominantes en gran parte de las penillanuras occidentales -salvo las dehesas, que también se tratan en otro trabajo por su carácter particular y diferenciado por el dominio visual del arbolado-.

La clave visual diferenciadora de estos paisajes con respecto al resto de paisajes agrarios de la región es el predominio de la combinación de pastizal/matorral/monte bajo, en distintos tipos, y con especies adaptadas a un periodo de aridez estival de duración variable pero siempre presente en al menos uno o dos meses. La clave genética de estos paisajes ha sido la actividad ganadera extensiva, protagonizada tradicionalmente por especies rústicas -tanto de ovino como de caprino, vacuno y equino- adaptadas al aprovechamiento de unos recursos con marcada estacionalidad y orientada a la producción múltiple de renta y trabajo, y en las últimas décadas cada vez más cárnica. La clave explicativa en lo que se refiere a los procesos actuales que afectan a estos paisajes en muchos de sus ámbitos es el abandono; abandono de aprovechamientos debido a la crisis del medio rural tradicional desde mediados del siglo XX, que se ha traducido en un progresivo descenso de la cabaña ganadera que explota estos recursos pastables y, como consecuencia de la disminución de la presión ganadera, en una regeneración de la cubierta vegetal natural formada por especies frutescentes y arbóreas. En definitiva, unos paisajes, en muchos casos, cada vez menos agrarios y cada vez más dominio del "monte".

II. UNOS PAISAJES DE EXTENSA IMPRONTA EN CASTILLA Y LEÓN.

La enorme extensión superficial de la región, la diversidad de sus unidades de relieve, la profunda y ubicua impronta que las actividades agrarias han tenido y tienen en la configuración de sus paisajes, y el hecho de que en este caso concreto estamos ante un tipo específico de paisajes agrarios –los modelados por la actividad ganadera– que tienen un acusado protagonismo en la región, son factores que permiten entender la complejidad de abarcar en un trabajo introductorio los caracteres generales de estos paisajes para toda Castilla y León.

La aridez estival es una de las claves de la diferenciación de estos paisajes ganaderos. La presencia de un periodo seco bien marcado en verano, en el que durante más de un mes se agostan todos aquellos pastos que no tienen más aporte de humedad que el procedente de las precipitaciones, es uno de los elementos definitorios, y el condicionante natural al que han de adaptarse los aprovechamientos y, por tanto, sus resultados paisajísticos. En efecto, la presencia de un periodo seco de al menos un mes de duración –duración variable repartida según los años entre parte de julio, todo agosto y mediados de septiembre– implica particularidades en el manejo y el tipo de ganado, en la gestión de los recursos pastables, en la presencia o ausencia de determinados equipamientos, infraestructuras, etc. que les diferencia de los paisajes ganaderos de las montañas del norte de la región, donde ese periodo seco o no aparece, o presenta una duración media de apenas un mes la mayor parte de los años.

Al mismo tiempo, la duración mayor o menor de ese periodo seco introduce también diferencias en los tipos de vegetación y de pasto, pero también diferencias de manejo y gestión con claras repercusiones paisajísticas. La duración del periodo seco estival es relativamente diferente entre unos sectores y otros (GARCÍA FERNÁNDEZ, 1986). Abarca una media de un mes a un mes y medio, y excepcionalmente dos meses en las culminaciones de las sierras ibéricas de Urbión, Neila, Demanda y Moncayo (ORTEGA, 1992), de las sierras de Béjar, Gredos y Guadarrama, y en las culminaciones de Sanabria. Suele abarcar dos meses en las montañas bercianas y cabreirasas, en los Montes de León, y en los piedemontes de la cordillera cantábrica. Llega a ser de más de dos y hasta de tres meses –julio, agosto y septiembre– en el resto de ámbitos: montaña media y tierras altas y parameras de Burgos, Soria, Ávila y Segovia, así como en las penillanuras y sierras zamoranas y salmantinas. Estas diferencias en la duración del periodo seco se traducen sobre todo en distintos tipos de cobertura vegetal, y esas diferencias abarcan desde las especies de las herbáceas que forman el pasto, hasta las especies frutes-

centes y arborescentes que constituyen el “monte bajo”, como veremos más adelante.

Por otro lado, estamos ante unos paisajes extendidos sobre relieves muy contrastados (FIGURAS 3, 4 y 5). En León y Palencia se extienden por gran parte de los páramos y lomas detríticas del piedemonte de la Cordillera Cantábrica (FOTO 18), mezclándose con los extensos bosques de coníferas de repoblación y de rebollares de regeneración espontánea y con los mosaicos de prados y tierras de cultivo de los fondos de valle. Hacia el este, en las parameras y montañas medias del centro-norte de Burgos los paisajes ganaderos comparten el espacio con los agrícolas, entreverándose en función de los afloramientos calcáreos –que bien en crestas, bien en parameras, dan prioridad a lo ganadero- y de los afloramientos de arenas y arcillas que mantienen un uso mayoritariamente de cultivos de cereal (FOTO 7). En los núcleos paleozoicos de las cumbres de las sierras de la Demanda, Urbión, Neila, Cebojera y hasta el Moncayo, encontramos paisajes ganaderos mediterráneos de alta montaña, que aprovechan los pastizales de altura cuyo agostamiento es más tardío –pero que por contra sufren la limitación de la niviosidad de los duros y largos inviernos–(FOTOS 1 y 2) . Bordeando por el oeste estas cumbres serranas aparecen los paisajes ganaderos de las montañas medias que desde las Peñas de Cervera se extienden hasta la Sierra de Cabrejas ya en Soria; son las sierras calcáreas del relieve plegado del borde externo de la Cordillera Ibérica, sobre las que aparece un tipo de paisaje ganadero muy similar al de la montaña media plegada de Las Loras y Bureba en el norte-centro de Burgos, en mosaico con enclaves más agrícolas, pero aquí con una fuerte presencia de lo forestal, tanto en forma de montes de sabinar, como de los extensos pinares de la Tierra Pinariega (FOTOS 8 y 9). Al sur de Soria y en arco hacia la Sierra de Ayllón, bordeando el Duero por su margen meridional, se extienden los paisajes ganaderos sobre las parameras y serrezuelas que predominan hasta el Duratón y se extienden en cuña aún más hacia el oeste, por el piedemonte segoviano (FOTOS 10 y 11). En el sur de Segovia y Ávila, desde Somosierra en el este hasta la Sierra de Béjar en el oeste, las cumbres de la Cordillera Central albergan uno de los sectores más extensos y continuos de predominio de este tipo de paisajes, adaptado a los buenos pastos de altura, con idénticas potencialidades y limitaciones que los de las cumbres de la Cordillera Ibérica, pero aquí con mucha mayor extensión superficial por la masividad de los bloques paleozoicos y graníticos, y favorecidos además por una estructura de la propiedad y de los aprovechamientos que hunde sus raíces en la colonización medieval (FOTOS 3 y 4). Enmarcadas entre las sierras de Gata y Peña de Francia en el sur de Salamanca y la Sierra de la Culebra en el norte de Zamora (FOTOS 12 y 13), se extiende un amplio sector ocupando las penillanuras y serrezuelas del extremo occidental

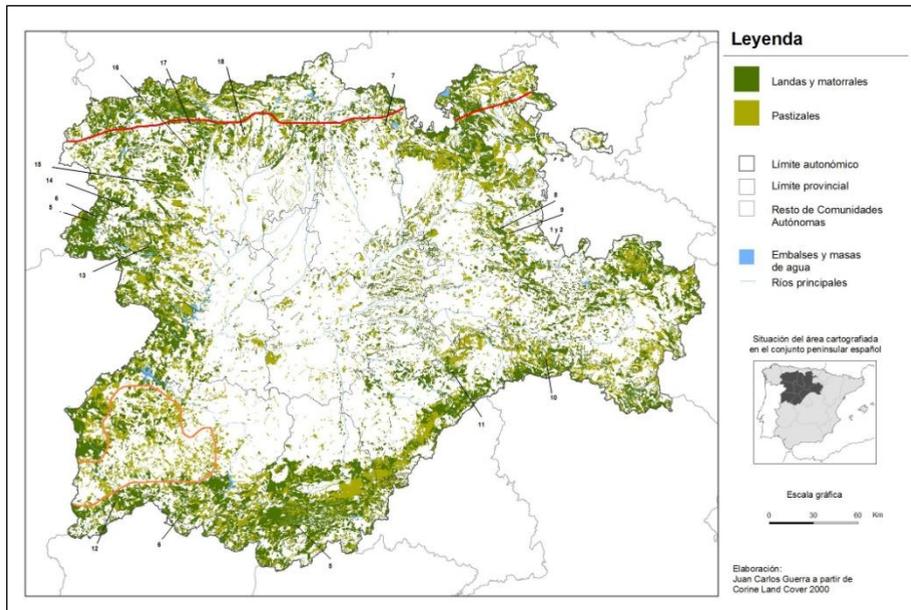
de Castilla y León, donde comparten el espacio con los paisajes de la dehesa en la mitad sur, y con mosaicos de paisaje agrícola desde Sayago hasta Aliste en la mitad norte de este sector. Las cumbres de Sanabria (FOTOS 5 y 6) reproducen en cierta forma los de alta montaña de la Cordillera Central, aunque aquí el predominio de lo comunal frente a la gran propiedad privada ha dado lugar a un mayor abandono y a una pérdida de pastizales frente al avance del matorral. Finalmente, desde Carballeda hasta Omaña, siguiendo el arco de los Montes de León y abarcando Cabrera, Teleno, Maratatería y Cepeda (FOTOS 14 a 17), los paisajes ganaderos son aquí ya más bien paisajes del abandono, con dominio del monte bajo, del carrascal y del rebollar en regeneración, unos paisajes banalizados extendidos sobre las tierras altas, montes paleozoicos y superficies de erosión que enlazan con los de los páramos detríticos del piedemonte de la Cordillera Cantábrica (GARCÍA FERNÁNDEZ, 1994).

De este rápido recorrido que hemos hecho se deduce que estamos ante unos paisajes extendidos sobre una gran superficie: en torno a 20.000 Km², o entre un quinto y un cuarto de la Comunidad Autónoma, corresponde a ellos (ver FIGURA 1), siendo por tanto uno de los tipos de paisajes más característicos, si bien hay que reconocer que su plasmación visual es difusa, pues los elementos definitorios son o bien demasiado extensos y homogéneos –el matorral, los pastizales-, o bien poco destacados por ser líneas sutiles o puntos aislados –la trama formada por pistas y cañadas, vallados, cercas y muros, puntos de agua, majadas y naves-.

La historia de la configuración de la propiedad de la tierra es otro de los elementos clave que permite entender determinados caracteres de estos paisajes y algunas de las diferencias apreciables entre ellos. En efecto, mientras que los terrenos comunales, propiedad de las Juntas Vecinales, son dominantes en todo el arco de sierras, macizos montañosos y tierras altas del noroeste, en las montañas y parameras del este y sobre todo del sur la gran propiedad privada y los bienes de propios de los Ayuntamientos representan la mayor parte de la extensión superficial. Estas diferencias en la propiedad tienen su origen en los siglos medievales y en el proceso denominado de “Reconquista” de los reinos cristianos del norte en su avance hacia el sur, seguido de la repoblación y reordenación territorial de los territorios conquistados; este proceso se complementa en la Edad Moderna con prolongados litigios y conflictos ligados a la propiedad, el uso y la gestión de los terrenos y de sus recursos, cuestión clave para comprender y explicar, por ejemplo, la enorme extensión de los pastizales y el carácter desarbolado de las montañas de la Cordillera Central especialmente en su sector central –los montes de Gredos. Aquí, la usurpación de los comunales por los linajes abulenses, la transfor-

mación de los comunales en bienes de propios por los concejos y la compra de montes y tierras por la nobleza, llevó a la desaparición de los comunales como tales en el último tercio del siglo XVIII, y a la completa deforestación de la vertiente septentrional del Macizo Grande de Gredos al mediar ese mismo siglo (GARCÍA FERNÁNDEZ, 2001 y 2004).

Figura 1: Distribución de las áreas cubiertas de pastizal y matorral en Castilla y León



La línea de color rojo separa los paisajes ganaderos correspondientes a las montañas sin aridez estival, que quedan al norte, mientras que la línea de color naranja, en el suroeste, engloba los pastizales de las dehesas; ambos tipos específicos se tratan en sendos trabajos diferentes. Nótese que pastizales y matorrales dominan –y por tanto crean paisaje– en el rolde de montañas, piedemontes y penillanuras, mientras que en toda la parte central de la región –la mayor parte de las llanuras de la cuenca sedimentaria– o son muy escasos o, como ocurre en el tercio centro-oriental de la cuenca, son relativamente frecuentes pero fragmentarios: los enclaves lineales de las laderas de los páramos calcáreos, pastizales de escaso aprovechamiento en unos paisajes eminentemente agrícolas. Los números hacen referencia a la localización aproximada de las fotografías de las FIGURAS 3, 4 y 5.

La dinámica actual de estos paisajes, en general, responde al declinar de la cabaña ganadera extensiva y, en grandes superficies, al abandono de casi todo tipo de aprovechamientos. Desde la crisis del medio rural tradicional a mediados del siglo XX la cabaña ganadera se ha transformado radicalmente (GARCÍA FERNÁNDEZ, 1991 y 1994). Hasta esa época existía una abundantísima y muy variada cabaña formada por razas rústicas autóctonas que apro-

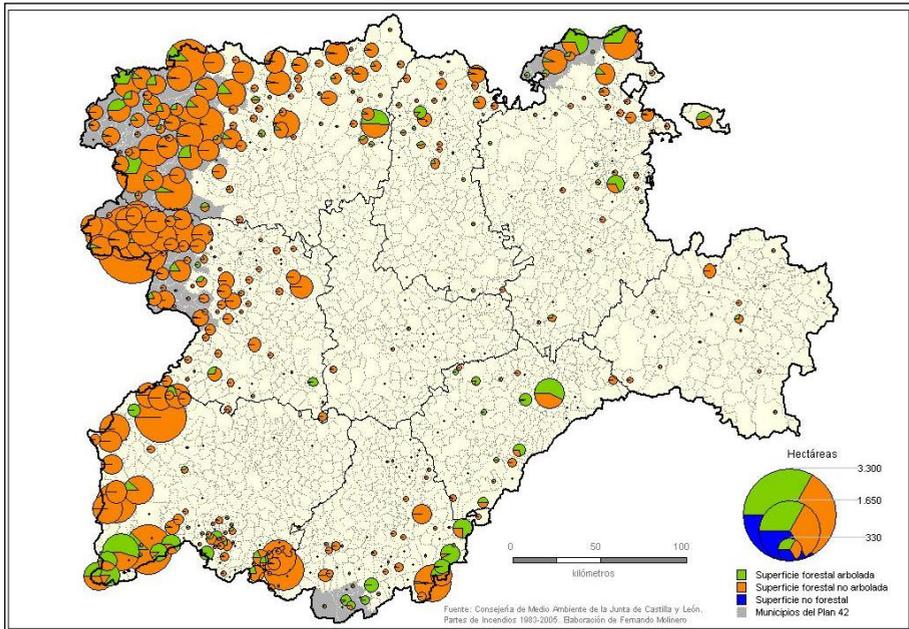
vechaban los recursos pastables mediante complejos sistemas pastorales (veceras, barbecheras, trashumancia, trasterminancia, etc.) complementarios de una actividad agrícola que desde un punto de vista paisajístico era minoritaria en estos ámbitos concretos. Con el desarrollo urbano-industrial y la emigración, la cabaña ganadera comenzó a disminuir en número y a transformarse en composición de las razas y en los tipos de aprovechamiento y gestión. El caprino prácticamente ha desaparecido, así como el equino; el vacuno se ha transformado profundamente, y tras una fase de predominio de la estabulación y de razas lecheras, se ha vuelto en estas últimas décadas a razas cárnicas de alta productividad y a la tímida recuperación de algunas autóctonas de la mano del marchamo ecológico y los productos de calidad, que vuelven a aprovechar en parte los recursos pastables del monte. El ovino se ha mantenido en gran medida, pero también con grandes transformaciones y sobre todo con la casi total desaparición de las prácticas trashumantes, que jugaron un papel paisajístico fundamental durante siglos. La gestión en general cabe decir que se ha profesionalizado, mecanizándose y tecnificándose, si bien en el caso del ovino el oficio de pastor sigue siendo una tarea rechazada por su dureza y que no logra sustituir la desaparición que de la mano de la despoblación han tenido las técnicas de manejo comunales, como la vecera. Así en amplios sectores, como veremos más adelante, el uso del fuego, que tradicionalmente fue una herramienta de gestión habitual, conocida y perfeccionada, con la despoblación, el envejecimiento y el abandono, el uso de este método para controlar una rápida y acusada regeneración de las especies frutescentes, constitutivas del monte e invasoras del pastizal, ha devenido en un grave problema social, ambiental y político: el de los incendios, quizá el mayor estigma que sufren hoy estos paisajes ganaderos. Si comparamos el mapa de pastizales y matorrales de la FIGURA 4 con el mapa de incendios de la FIGURA 2, podemos apreciar bien a las claras que los paisajes ganaderos son también “paisajes del fuego” y paisajes del conflicto ambiental, o al menos lo han sido durante las décadas finales del siglo XX, pues con la puesta en marcha de planes públicos de desbroce del matorral en las áreas de pasto mediante maquinaria pesada –una nueva herramienta de gestión en los paisajes ganaderos–, en los últimos diez años el número de incendios ha disminuido significativamente (MOLINERO ET AL, 2008a).

III. HACIA UNA PROPUESTA DE TIPOLOGÍA DE PAISAJES GANADEROS MEDITERRÁNEOS EN CASTILLA Y LEÓN.

Pese a la diversidad, ubicuidad y enorme extensión territorial que abarca este tipo de paisajes, es posible identificarlos mediante el reconocimiento de unos elementos formales concretos: por un lado, una cubierta vegetal que en muchos casos está experimentando intensos procesos de transformación pero

que aún sigue respondiendo a la combinación de un pastizal como elemento básico, salpicado en proporciones más o menos altas de matorrales y ejemplares de especies arborescentes y arbóreas, en general con porte de monte bajo; por otro lado, unos elementos constructivos ligados a la función que creó estos paisajes -el pastoreo- que forman una trama de puntos y líneas muy laxa -majadas, corrales, abrevaderos, pistas, cercas, muros y alambradas- pero de notable relevancia visual.

Figura 2: Distribución de la superficie quemada por municipios a mediados de los años 1980 (media de 1983 a 1985).



Nótese cómo los incendios no son “forestales”, sino incendios de matorrales y pastizales, y cómo afectan sobre todo al arco noroeste y en menor medida a la Cordillera Central. Es significativo que las extensas áreas de matorral y pastizal del este de la región, en Burgos y Soria, no experimentan este problema, debido en gran medida a la mezcla de las áreas de pastizal y matorral con los extensos pinares de alta rentabilidad de la Tierra Pinariega, y debido también a que la mayor sequedad ambiental (tanto por las menores precipitaciones como por los secos suelos calcáreos) se traduce en una velocidad de regeneración del matorral invasor del pastizal mucho menor que en las húmedas sierras del noroeste.

La configuración concreta de estos dos conjuntos de elementos –la trama que forma el paisaje- responde a diferentes combinaciones, agrupaciones y especies constitutivas, que se pueden clasificar en tres grandes tipos.

1. Los paisajes ganaderos de alta montaña con aridez estival moderada (FIG. 3).

Los espacios cumbreños, situados por encima aproximadamente de 1.700 metros de altitud, en la Cordillera Ibérica (culminaciones de las sierras de la Demanda, Neila, Urbión, Cebollera y Moncayo), en la Cordillera Central (culminaciones de las sierras de Ayllón, Somosierra, Guadarrama, Paramera, Serrota, Piedrahíta, Gredos y Béjar) y en Sanabria (sierras de Segundera y Cabrera) constituyen un tipo de paisaje ganadero diferenciado.

El periodo de aridez estival en estas altas cumbres es menos prolongado que en las partes más bajas de las sierras y en los piedemontes y parameras situadas a su pie. A ello contribuye la innivación invernal, muy intensa y cuya cobertura se prolonga hasta principios del verano, lo cual por un lado limita la estancia del ganado, pero por el otro significa una mayor humedad en el suelo hasta bien entrado el mes de julio. También el relieve, de origen glaciario en todos estos ámbitos, contribuye a mantener pastos frescos, pues el modelado en circos, rellanos y recuencos nivales favorece la presencia de herbazales verdes aún en pleno agosto.

La vegetación está constituida mayoritariamente por pastizales, o por matorrales de bajo porte. Entre los pastizales predominan los herbazales de *Festuca indigesta* en las laderas y culminaciones más batidas por el viento y que más se resecan al final del verano, y los cervunales de *Nardus stricta* en los recuencos con aporte de humedad freática que durante casi todo el verano mantienen una buena aptitud para el ganado (SAN MIGUEL, 2001). Junto a estos pastizales aparecen manchas de matorral muy diversas, desde enebrales y sabinares enanos hasta piornales, brezales, erizonales y todo tipo de matillas almohadilladas espinosas, entremezcladas con arandaneras en los enclaves más húmedos (SAN MIGUEL ET AL. 2004). Muchas de estas matas ofrecen abrigo y alimento para el ganado, diversificando la dieta, por lo que han evolucionado conjuntamente con los pastos y el uso ganadero durante siglos.

En efecto, esta cubierta vegetal, con las limitaciones y potencialidades climáticas referidas (niviosidad invernal y humedad edáfica estival) ha sido soporte de un uso ganadero clave: la trashumancia y trasterminancia de ganado ovino, caprino y vacuno, principalmente el primero. Las tradicionales cañadas, cordeles y veredas no solo tenían como estación término los puertos cantábricos o pirenaicos, sino también estas cumbres de la Cordillera Ibérica, de la Central y de Sanabria, que han actuado como pastaderos estivales para grandes rebaños hasta mediados del siglo XX. Aún hoy mantienen este uso, aunque muy disminuido, especialmente en Gredos, y casi testimonial ya en Urbión, Neila (GARCÍA DE CELIS ET AL., 2008) y Sanabria.

3. Los paisajes ganaderos de las montañas medias, parameras y serrezuelas con acusada aridez estival del este y el sur de la región (FIG. 4).

Las provincias de Palencia, Burgos, Soria, Segovia, Ávila y Salamanca, en un amplísimo arco que arranca desde el nordeste de la región y termina prácticamente en el suroeste, desde la montaña media palentina del Campóo hasta la Sierra de Gata salmantina, albergan una extraordinaria extensión de paisajes ganaderos cuyo denominador común es el pastizal adaptado a una sequía estival muy marcada, normalmente superior a los dos meses –de mediados de julio a mediados de septiembre, y que muchos años puede abarcar a todo julio, agosto y septiembre-.

Se trata de paisajes extendidos sobre relieves muy diferenciados, desde montaña media plegada calcárea hasta sierras silíceas y graníticas, desde parameras hasta penillanuras, desde serrezuelas individualizadas hasta extensos macizos serranos situados por debajo de los 1.700 metros de altitud, por lo que este tipo agrupa a una alta diversidad de paisajes ganaderos diferenciados por la vegetación y el uso ganadero, pero que consideramos que mantiene una cierta homogeneidad que permite distinguirlo de los otros dos tipos, y que tiene que ver con la mayor duración del periodo seco estival y en general de la sequedad, con una menor capacidad de regeneración del matorral frente al mantenimiento del pastizal, y con un uso ganadero que, aunque en franca regresión, permanece como elemento generador del paisaje.

Sobre suelos de textura más arenosa y ácida los pastizales están constituidos por vallicares de *Agrostis castellana*, berciales de *Stipa gigantea* y cerrillares de *Festuca elegans*, mientras que sobre suelos más pedregosos predominan los lastonares de *Stipa lagascae*. Sobre sustratos básicos y suelos más tenaces predominan los lastonares de *Brachypodium phoenicoides*. A todo ello hay que añadir los prados-juncuales de *Scirpus* y *Juncus*, en las áreas con aportes de humedad freática, y los majadales de *Poa bulbosa* en las áreas más pisoteadas y sobrepastoreadas por el ganado. Entreverándose con estos pastizales son tan abundantes o más los matorrales de muy diverso tipo y porte medio o medio-alto (carrascales, coscojares, sabinares, enebrales, escobonales y retamares), que configuran unas matas en general no demasiado densas, con aptitudes pastables y que ofrecen refugio y alimento al ganado, y que por lo tanto no requieren de una acción de control de su extensión excesivamente importante. Por otro lado la sequedad del clima y la general pobreza de los suelos dificulta y ralentiza la regeneración de esta vegetación frutescente, por lo que su coexistencia con los pastizales y con el uso ganadero es armónica.

El descenso de la cabaña ganadera que ha aprovechado estos recursos y modelado sus paisajes ha sido muy significativo, pasándose de los grandes rebaños de ovino y caprino tradicionales, tanto estantes como trashumantes – éstas han sido importantes pastaderos de paso durante los movimientos anuales del ganado y están surcadas de cañadas y cordeles- a rebaños estantes actuales, sobre todo de ovino, muy disminuidos. El descenso de la presión ganadera y el abandono son patentes y generalizados, pero sus consecuencias paisajísticas son lentas, lo que les diferencia, entre otros factores (entre los que hay que citar la presencia de usos agrícolas que, aunque minoritarios, forman parte integrante de estos paisajes en muchos de sus ámbitos), con el tercer tipo, que podemos llamar “paisajes del abandono”.

4. Los paisajes ganaderos de las sierras, montes y tierras altas del noroeste y norte: el dominio del abandono (FIG. 5).

Desde la penillanura sayaguesa entre Salamanca y Zamora, hasta los páramos de raña de León y Palencia, se abre otro amplio arco de paisajes ganaderos diferenciados por un denominador común: la potencia de regeneración del matorral, el abandono acusado y generalizado, y el problema del fuego como elemento de gestión difícilmente controlable.

Las penillanuras de Ledesma, Sayago y Aliste, las sierras de la Culebra y la Carballada, la Cabrera Alta, el Teleno y la Maragatería, los Montes de León en sus vertientes berciana y castellana, parte del borde más meridional de la Cordillera Cantábrica de León y Palencia en su contacto con la cuenca sedimentaria, y sobre todo su piedemonte de lomas o páramos de raña, configuran un continuo de relieves montuosos y suelos ácidos y pobres. El clima presenta una clara aridez estival, superior normalmente al mes y medio o dos meses, pero su situación en el noroeste implica una relativa abundancia de precipitaciones el resto del año, lo que genera una gran disponibilidad de agua para las plantas leñosas de raíces profundas a principios del verano, y un pronto final del periodo seco a mediados de septiembre con las primeras borrascas atlánticas.

Con estas características básicas, la vegetación potencial, constituida por el rebollar de *Quercus pyrenaica*, ha sido sustituida durante siglos de aprovechamiento pastoril por pastizales acidófilos de *Jasione sessiliflora*, de *Koeleria caudata* y de *Festuca*, entreverados con muy abundantes praderas juncuales por la abundancia de enclaves con humedad freática. Junto a estos pastizales siempre han sido abundantes los sectores cubiertos de vegetación frutescente: tanto matas de monte bajo de rebollo, como sobre todo matorrales de porte medio y medio-alto formado por escobales, piornales y brezales, así como jarales. Estos matorrales han tenido siempre una gran potencialidad

invasora de los pastizales, por la relativa abundancia de precipitaciones y humedad edáfica, por lo que el fuego fue tradicionalmente una herramienta de gestión de estos paisajes ganaderos, con quemas periódicas que mantenían a raya “el monte” y renovaban el pasto fertilizándolo con la ceniza.

Igual que los paisajes ganaderos de las montañas medias y parameras del este y sur de la región, estos pastaderos han actuado como trascendentales áreas de paso para los ganados trashumantes, y han sostenido importantes cabañas estantes de ganado ovino y caprino. Pero con el abandono de aprovechamientos desde mediados del siglo XX la capacidad de regeneración del matorral se convirtió desde el primer momento, para la percepción de los pobladores que permanecieron, en un problema grave de invasión: brezales, escobales y piornales se extendían a costa de las áreas de pasto y de las tierras de labor abandonadas, pero con tales bríos y densificándose de tal manera que las cerraban impidiendo el acceso de la menguante cabaña ganadera (MOLINERO ET AL., 2008b). La respuesta, tradicional y comprobada, era el uso del fuego, pero ahora, con una población reducida y cada vez más envejecida, se fue convirtiendo en una herramienta peligrosa por lo incontrolable. Los incendios devinieron así, durante las últimas décadas del siglo XX, en imagen negativa asociada al carácter de estos paisajes, y para una sociedad cada vez más urbanizada, en un problema ambiental.

Los desbroces del matorral mediante medios mecánicos, promovidos y programados por la Administración regional y financiados en parte con dinero público, han venido a ser aparentemente en estos primeros años del siglo XXI la solución al problema de los incendios, pues éstos han disminuido significativamente en esta última década (MOLINERO ET AL. 2008a).

En definitiva, este tercer tipo de paisajes ganaderos es, cada vez más, dominio del abandono, progresivamente menos paisaje agrario y más paisaje “del monte”.

IV. CONCLUSIONES.

Los paisajes modelados principalmente por la actividad ganadera, en ámbitos con un periodo de aridez estival de moderada a acusada (de uno a tres meses), ocupan una amplísima extensión en Castilla y León, en torno a una quinta parte de la superficie regional. Son paisajes dominados visualmente por un determinado tipo de cubierta vegetal: el pastizal en combinación con matorrales y monte bajo. Predominan en todo el rolde de montañas, sierras, piedemontes, parameras y tierras altas que rodea las llanuras del centro de la cuenca sedimentaria. En tan amplia extensión y sobre relieves tan variados, estos paisajes no son homogéneos y están poco definidos. No obstante, se

pueden agrupar en tres clases, atendiendo a la distinta duración del periodo seco estival, y a las diferencias de manejo, gestión, especies ganaderas, vegetación, infraestructuras necesarias, etc que esas distinciones en el periodo seco estival imponen. Esas tres clases son: en primer lugar, paisajes ganaderos de alta montaña, con aridez estival moderada, situados en las áreas culminantes –por encima de 1.700 m.- de las sierras de la Cordillera Ibérica, de la Central y de Sanabria; en segundo lugar, los paisajes ganaderos de montañas medias, serrezuelas, parameras y tierras altas del este y sur de la región, con aridez estival acusada y frecuente combinación con paisajes más agrícolas; en tercer lugar, los paisajes ganaderos de las sierras, penillanuras y piedemontes del noroeste y norte, con aridez estival intermedia entre las anteriores e intensos procesos de transformación ligados al abandono de aprovechamientos.

BIBLIOGRAFÍA.

- GARCÍA DE CELIS, A.; ARROYO PÉREZ, P.; GANDÍA FERNÁNDEZ, A. (2008): «Cambios recientes en el límite superior del bosque en Urbión: gestión forestal, ganadería y clima». *Zubía. Monográfico. Revista de Ciencias*. Número 20. página 97-118.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, J. (1986): *El clima en Castilla y León*. Valladolid. Ediciones Ámbito.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, J. (c. 1991, inédito): *Transformaciones en las montañas de Castilla*. Departamento de Geografía. Universidad de Valladolid.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, J. (c. 1994, inédito): *Las montañas de Castilla*. Departamento de Geografía. Universidad de Valladolid.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, J. (c. 2001, inédito): *La explotación de los montes y la humanización del paisaje vegetal*. Departamento de Geografía. Universidad de Valladolid.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, J. (c. 2004, inédito): *La deforestación y degradación de los montes de Gredos*. Departamento de Geografía. Universidad de Valladolid.
- MOLINERO HERNANDO, F.; CASCOS MARAÑA, C.; GARCÍA DE CELIS, A.; BARAJA RODRÍGUEZ, E. (2008a): «Dinámica de los incendios forestales en Castilla y León». *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*. Número 48. Página 39-70.
- MOLINERO HERNANDO, F.; GARCÍA DE CELIS, A.; CASCOS MARAÑA, C.; BARAJA RODRÍGUEZ, E.; GUERRA VELASCO, J.C. (2008b): «La percepción local de los incendios forestales y sus motivaciones en Castilla y León». *Ería. Revista Cuatrimestral de Geografía*. Número 76. Página 213-230.
- ORTEGA VILLAZÁN, M^a. T. (1992): *El clima del sector norte de la Cordillera Ibérica*. Valladolid. Universidad de Valladolid.
- SAN MIGUEL AYANZ, A. (2001): *Pastos naturales españoles. Caracterización, aprovechamiento y posibilidades de mejora*. Madrid. Fundación Conde del Valle de Salazar. Escuela Técnica Superior de Ingenieros de Montes de Madrid.

SAN MIGUEL AYANZ, A.; ROIG GÓMEZ, S.; CAÑELLAS REY DE VIÑAS, I. (2004): «Fruticicultura. Gestión de arbustados y matorrales», en (MONTERO, G. y SERRADA, R., eds.) *Compendio de silvicultura aplicada en España*. Madrid. DGCONA. Página 1-51.

Figura 3: Los paisajes ganaderos de la alta montaña con aridez estival moderada.



Foto 1: La cumbre del Muñalba, entre Neila y Quintanar de la Sierra (Burgos-Soria). Por encima de los 1.800 metros de altitud el pinar deja paso a los cervunales. Los cercados impiden el paso del ganado de unos términos a otros. **Foto 2:** El modelado glaciar de las sierras de la Demanda, Neila y Urbión potencia los aprovechamientos ganaderos, aumentando la variedad y mejorando la calidad de los pastos. Los fondos de circos, encharcados hasta el final del verano, mantienen herbazales higrófilos. **Foto 3:** El Alto Alberche, en Ávila, con su mosaico de prados cercados con paredes de piedra. La acusada deforestación de los macizos de la Cordillera Central se remonta a los siglos bajomedievales y es consecuencia de las luchas por el control de los recursos pastables. **Foto 4:** Las cumbres de la Sierra de Béjar, de acusada aridez estival, mantienen buenos pastaderos en los recuencos de origen glaciar, que son los únicos que se mantienen verdes al final del estío. **Foto 5:** Las extensas superficies culminantes de Sanabria, por encima de los 1.700 metros de altitud, son áreas de pasto estival que se mantienen verdes hasta bien avanzado el verano. Los vastos herbazales se mezclan con brezales y piornales que con la disminución de la presión ganadera se mantienen a raya mediante el fuego. **Foto 6:** Las aplanadas cumbres sanabresas se complementan con escarpadas laderas –antiguas artesas glaciares– donde pasta el ganado durante el invierno, cuando las culminaciones se hallan cubiertas de nieve. El abandono se deja sentir en forma de una activa colonización por escobas, que tradicionalmente se ha controlado mediante periódicos incendios. Elaboración Propia

Figura 4: Los paisajes ganaderos de las montañas medias, parameras y serrezuelas del este y sur con acusada aridez estival



Foto 7: La montaña media de Palencia y Burgos, sobre sierras y parameras calcáreas combinadas con afloramientos de arcillas, da lugar a un mosaico de pastos, cada vez menos aprovechados, y tierras de labor. **Foto 8:** Las sierras de Covarrubias fueron tradicionalmente extensos pastaderos que modelaron un paisaje de majadas, hoy dominio, por el abandono, de sabinares cada vez más densos. **Foto 9:** El aprovechamiento ganadero aún se mantiene en los frescos pastos sobre afloramientos de arenas albenses, en las sierras de Salas de los Infantes, que avanzado el verano se agostan totalmente. **Foto 10:** Las tierras altas y parameras sorianas se caracterizan por un paisaje de amplios horizontes y suaves rampas salpicadas por los majadales ganaderos tradicionales, en progresivo y acusado desuso, y el mosaico de reducidas tierras de labor. **Foto 11:** Las parameras, cañones y serrezuelas entre Segovia, Soria y el extremo sur de Burgos constituyen un paisaje eminentemente ganadero, basado en el aprovechamiento de unos pastos de poca calidad sobre los afloramientos calcáreos. **Foto 12:** Las penillanuras y sierras del sur de Salamanca son paisajes eminentemente ganaderos donde los pastos sobre los extensos afloramientos graníticos y pizarreños configuran un mosaico de balsas de agua, "riveras", berrocales, vallas y cercados en el que es clave la gestión del movimiento del ganado. Elaboración propia

Figura 5: Los paisajes ganaderos de las sierras, montes y tierras altas del noroeste: el dominio del abandono



Foto 13: Las sierras de la Carballeda y la Culebra, en el norte de Zamora, son dominio del abandono, en forma de densos brezales y jarales, y dominio también de repoblaciones de coníferas sobre antiguos comunales. **Foto 14:** Las fuertes pendientes de los encajados valles de La Cabrera no permitían tradicionalmente otros aprovechamientos que los ganaderos, limitados además por una acusada aridez estival. Hoy el abandono potencia la regeneración del monte y el problema de los incendios. **Foto 15:** La Sierra del Teleno y las tierras altas de la Maragatería, con suelos extremadamente pobres, se aprovecharon mediante el pastoreo y hoy sufren un abandono acusado de aprovechamientos. **Foto 16:** Los páramos de La Cepeda constituyen un paisaje de altas llanuras y montes surcados por cañadas y veredas que sirven de pastaderos invernales para rebaños trasterminantes que se trasladan en verano a los puertos de la Montaña Leonesa. **Foto 17:** Los montes de la Omaña, en León, son ejemplo de paisajes ganaderos de transición hacia los de las montañas sin aridez estival, situados inmediatamente al norte. Estos extensos carasoles –los chanos y lombas- se agostan en verano, y son hoy dominio de una rápida regeneración del rebollar. **Foto 18:** Los piedemontes de la Cordillera Cantábrica, en León y Palencia –los “páramos de raña”- son antiguos pastaderos abandonados desde hace décadas, y donde la regeneración natural del rebollar ha sustituido casi por completo a los pasto. Elaboración Propia